sia, y que estén en manos de todos con las licencias necesarias. Mi único fin y deseo es procurar, por aquellos medios que yo alcanzo, que se eviten y prevengan los gravísimos daños que pueden temerse, si la Palabra de Dios cae en desprecio, por tratarse con demasiada familiaridad, y sin aquel profundo respeto y veneracion que ella exige, y que, segun la reflexion de S. Agustin, no debe ceder á aquel con que hemos de manejar y tratar el sacrosanto y tremendo misterio de la Eucaristía[1]. El que de buena fe quisiere recorrer los tiempos pasados, y reconocer los efectos, que ha causado en las almas la lectura de las sagradas Escrituras en lenguas vulgares, hallará que, cuando se ha leido con la necesaria buena disposicion de corazon, con espíritu de humildad, con deseo de aprovechar, con moderacion y con entera sumision á las precauciones, reglas, economía y circunspeccion con que lo ha permitido la Iglesia, se han visto admirables y abundantísimos frutos en el comun del pueblo cristiano; y por el contrario se han experimentado frecuentes, y terribles estragos y caidas, cuando, roto el yugo de la obediencia, y faltando á las condiciones referidas, cada uno particularmente ha querido decidir este punto á favor de la libertad. Y este solo fundamento bastará para poder resolver las dos cuestiones propuestas.

1 August. Serm. CLXXIX. tom. V, pag. 856. Edition. Maurin. Parisiens. *Audire verbum Dei est manducare ipsum Christum*: et pag. 1449, F. *Verbum Domini cibus tuus est, et non solum cibus, sed et potus*: añadiendo la reflexion, que por el Profeta dijo el Señor á su pueblo antiguo: *Qui edunt me, adhuc esurient, et qui bibunt me, adhuc sitient*: Eccli. XXIV. 29, y por sí mismo: *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus*: Joan. VI, 56. Y en el apéndice á dicho tom. V, pag. 504. en el Sermon CCC. que, aunque atribuido á S. Agustin, por el estilo se cree ser de S. Cesario, se leen las siguientes muy notables palabras: *Non minus est verbum Dei, quàm Corpus Christi... Non minus reus erit, qui verbum Dei negligenter audierit, quàm ille qui Corpus Christi in terram cadere negligentia sua permiserit.*



# INTRODUCCION

# Á LAS SAGRADAS ESCRITURAS

## DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.

Grande es la bondad de Dios, y grande la misericordia que usó con el hombre, pues se dignó visitarle y consolarle aun estando llagado y enfermo, reparando sus quiebras, dándole y ofreciéndole la salud que habia perdido. A este fin le fué manifestando poco á poco y por grados los consejos de su sabiduría, comunicándole á tiempo los arcanos de esta grande obra de su reparacion por medio de los autores divinamente inspirados en diferentes visiones, figuras y revelaciones[1]. Habló á los principios á nuestros primeros padres y á los patriarcas, desde Noé hasta José: luego explicó mas su voluntad á los profetas, desde Moysés hasta Malaquías, los cuales la expusieron al pueblo, y la dejaron escrita en la variedad de sucesos extraordinarios, de leyes y ceremonias, de preceptos y exhortaciones, y señaladamente vaticinando desde los principios las cosas que no habian de suceder sino despues de muchos siglos segun el órden invariable de la Providencia: lo cual se comprende en los libros que llamamós del Viejo Testamento[2]. Finalmente en los últimos dias por medio de su Hijo Unigénito hecho Hombre, que vivió y conversó con los hombres, nos descubrió abiertamente los tesoros de la luz, como se hallan en su santo Evangelio, que predicaron los apóstoles, y extendieron por toda la redondez de la tierra. Anuncian ellos á los hombres por medio de su palabra la venida del Mesías, vaticinado por los profetas, y esperado de las gentes; asimismo la redencion del pueblo y reconciliacion con el Padre por medio de la cruz y muerte del Salvador; como tambien los dias de gracia por la efusion abundante del Espíritu consolador sobre los corazones de los fieles; y la abertura y entrada en el reino de los cielos, por el asiento, que á la diestra del Padre hace en ellos Jesus, como nuestro Pontífice, Medianero y Abogado, preparándonos lugar en aquella morada de los bienaventurados: todo lo cual se contiene en los libros del Nuevo Testamento.

Como el Señor conoce la debilidad y rudeza de nuestro natural, propias de nuestra condicion y del pecado, ha procedido en comunicar estas saludables verdades á manera de una ama en criar á sus hijos, la cual comienza por la leche, y de allí pasa al manjar sólido; pues primero se mostraron á los antiguos patriarcas unas como sombras y bosquejos de la redencion, por cuyo impulso, no obstante la vida sencilla y llana que profesaban, dieron vivos rasgos de su fe, de su obediencia, y de su confianza en las promesas de Dios; y sobre todo en estos mismos sucesos al parecer tan naturales, se representaban vivamente los misterios de Jesucristo, de que aquellos primeros padres del género humano iban recibiendo cada dia mas clara luz y mayor conocimiento: y así se debe tener presente lo que enseña S. Agustin[3] cuando dice que no solo las palabras, sino tambien la vida, los matrimonios, los hijos y las acciones de aquellos santos, que precedieron al nacimiento de Jesucristo, fueron profecías de lo que vemos ya cumplido en nuestros tiempos, en que la Iglesia está formada por la vocacion de los gentiles, y de todas las naciones á la fe en Jesucristo.

Hasta Moysés, durante la época de la ley natural, fueron muy escasos estos como crepúsculos de la revelacion; pero este profeta, escogido de Dios entre los hijos de Israel para establecer una

1 Ad Hebr. I, 1.
2 Ibid. v. 2.
3 De Catechiz. rud. cap. XIX, num. 33.

nueva época que se llama de la ley escrita, oyó la voz de Dios con mayor claridad, y el Señor le comunicó sus secretos, y se le manifestó cara á cara como á su privado con todo el resplandor de su majestad. Le reveló sus mandamientos, sus leyes, sus juicios y sus arcanos[1], y le mandó que instruyese en ellos á los hijos de Jacob, y les enseñase las sendas de la justicia, habiéndole declarado caudillo de todos los descendientes de Israel, los cuales formaban un numeroso pueblo, distinguido y separado de los demás por la señal visible de la circuncision. En virtud de ello contrató una alianza de este su pueblo con el Señor, de la que se constituyó mediador, y como tal aceptó y ofreció las promesas, condiciones y artículos de ella, que dejó por escrito de órden de su Majestad, para observancia y memoria de los venideros: y lo expresó todo en cinco libros, que por eso llamamos *Pentateuco*, añadiendo en ellos la vida de los patriarcas y los sucesos del pueblo de Israel, desde su salida de Egipto y muerte de Pharaon hasta las primeras conquistas de la tierra de promision á la ribera oriental del Jordan. En aquella alianza que publicó Moysés, y explicaron mas los profetas que le sucedieron por muchos siglos, se descubre con mas puntualidad, y se figuran con imágenes mas vivas, los sucesos y circunstancias de la Encarnacion del Hijo de Dios, y tambien de la vida y muerte del mismo Jesucristo Señor nuestro, su Resurreccion y Ascension admirable á los cielos; y se anuncia tambien la redencion del linajo humano, la predicacion del Evangelio, la reunion de los fieles, y nueva alianza de Jesucristo con su Iglesia, de cuyas expresiones abundan señaladamente el libro de los Salmos, las profecías de Isaías y de Jeremías, y las visiones de Ezechiel, y de Daniel con los demás profetas. Sin embargo el pueblo, que vivió bajo los capítulos de aquella alianza, y los Judíos que pertenecen al Testamento viejo ó ley escrita, eran todavía rudos y carnales. La ley imperfecta, las ceremonias y sacrificios simbólicos y vacíos, las promesas de Dios á la letra de bienes temporales y caducos, y aun la misma alianza establecida con sangre de becerros y animales, no era en sí misma perpetua ni duradera. Pero fué muy conveniente detener al hombre mucho tiempo en estos primeros elementos de religion, y pequeños ensayos de virtud, como mas sensibles y acomodados á los hijos de Adam terreno y flaco, cuando se consideraba como niño ó como esclavo, hasta que llegó la plenitud de los tiempos, y el dia claro de la manifestacion del Hijo de Dios, que hecho hombre[2] se apareció á los hombres para adoctrinarlos[3], alumbrando á los que estaban de asiento en las tinieblas y en las sombras de la muerte, dirigiendo y guiando sus pasos por los caminos alegres de la paz y de la salud; y con esta venida se acabaron las sombras y las figuras, y se descubrió de lleno la verdad á los mortales. Entonces á la ley imperfecta de Moysés sucedió la perfeccion del Evangelio, y reinó la ley de gracia, de libertad y de espíritu, bajo de la cual, rasgado el velo de la antigua, se fundó la nueva alianza, sellada y confirmada con la sangre de nuestro mediador Jesucristo Dios y hombre, y con la promesa de bienes inmortales y verdaderos, la cual ha de durar para siempre hasta la consumacion de los siglos. Habiendo sido llamados y admitidos á esta alianza todos los pueblos y naciones de la tierra sin distincion ni preferencia, Judíos y Gentiles, Bárbaros y Griegos, esclavos y libres, entrando en ella por la fe en Jesucristo, piedra angular del Nuevo Testamento, espiritual edificio, en quien, unidos en caridad los fieles, se fortifican y crecen hasta la vida eterna. Tales son las importantes verdades y soberanos misterios que nos están revelados, y se nos declaran por menor en los santos Evangelios, Cartas de los apóstoles, y demás libros del Nuevo Testamento.

La economía admirable de ambos Testamentos está representada, segun el Apóstol[4], en aquellos dos hijos de Abraham, Ismael é Isaac, de los cuales el uno nació de la esclava Agar, y el otro de la libre Sara. Aquel, porque nació segun la carne y era perseguidor, fué arrojado de casa: pero este, hijo de las promesas, heredó los mayorazgos y bendiciones del padre, para gozarlos y poseerlos, no tanto en la celebrada tierra de Palestina, cuanto en la celestial Jerusalem. Y en esta misma economía se admira mas y mas la sabiduría del Señor en la manifestacion que nos hizo de sus arcanos, siempre con el designio de ganar al hombre perdido, y de atraerlo á su verdadero amor, comunicándole por grados el conocimiento de sus eminentes perfecciones, en especial de su providencia, de su bondad y de su misericordia.

En el Testamento antiguo se nos descubre la eficacia, y extension de la providencia del Señor; y en el nuevo la efusion de su inefable misericordia. Allí á cada paso reconocemos en Dios un amo, que, atento al buen órden y concierto de su familia, endereza sus caminos, cuida de su mantenimiento, la socorre en sus necesidades, rompe los obstáculos que se oponen á sus intenciones benéficas, aun á costa de prodigios muy ruidosos castiga á los rebeldes, perdona á los arrepentidos, y llena de bienes y de riquezas á los que le sirven con lealtad y resolucion. Los libros del Génesis, del Éxodo, de los Jueces, de los Reyes, de Judith, de Esther y de los Machabeos, nos refieren una multitud de sucesos, que nos convencen de los paternales cuidados que tiene el Señor de sus siervos, pues en ellos vemos que previene sus necesidades, guia sus pasos, gobierna sus acciones, y los asiste hasta en las circunstancias mas pequeñas de su vida.

1 Eccles. XLV, 6
2 Ad Tit. II, 2.
3 Luc. I, 79.
4 Ad Galat. IV, 22, 23



Esta constante experiencia, con el conocimiento inmediato de nuestra poquedad y miseria, nos hace clamar á Dios nuestro Criador, nos obliga á tenerle propicio, á confesar su poder y nuestra nada, y á recurrir á su bondad y providencia, aun en todo lo temporal. De aquí nos elevamos por grados á conocerle mas, y á confiar en Dios nuestro Salvador. Convencidos del estrago de nuestra naturaleza, y de los efectos espantosos á que nos redujo la comun culpa, vemos mas por lo claro la necesidad de médico y de medicina, y acudimos á la gracia del Salvador para reparo de nuestras dolencias. Vemos asimismo del todo abiertas las fuentes de su misericordia, y nos alentamos á beber de aquella agua, que nos amortigua la concupiscencia, nos repara y fortifica, y nos da la vida y la salud sobrenatural. Llenos de gozo y de espíritu con semejante refrigerio, nos arrojamos en los brazos del Salvador, que nos llama y trata como hermanos y amigos, y suspiramos por aquellos bienes de allá arriba, que nunca se acaban, y son los únicos y verdaderos bienes; como la justicia, la caridad y la gloria. Así nos conduce el Señor como por la mano de un estado á otro mas perfecto; y del conocimiento de Dios Criador procedemos al de Dios Salvador por la leyenda y meditacion de lo que está revelado en ambos Testamentos.

Además de estos vínculos de religion y obligaciones del hombre con Dios, que le destina á la feliz posesion de bienes tan soberanos, nos declaran igualmente los libros sagrados cuanto debemos practicar para conseguirlos, instruyéndonos en una moral perfecta, en toda la conducta interior y exterior de nuestra vida, conforme á las reglas de la verdad y santidad que dicta la misma Religion, de que están llenos los libros de Moysés y de los profetas, los Salmos, los Proverbios, el Eclesiastés, la Sabiduría y el Eclesiástico; pero especialmente los Evangelios y las Cartas de los apóstoles, que nos conducen con suavidad y eficacia á la práctica de las virtudes cristianas y de la verdadera justicia. En todos ellos se declara la guerra á las pasiones y á la soberbia, al amor propio, á la codicia, á la concupiscencia: se condenan los vicios, se muestran los estragos que causan en el hombre, y los castigos espantosos de la divina Justicia contra los impíos, contra los ingratos, contra los rebeldes y contra los pecadores. Se nos proponen grandes modelos de perfeccion y de virtud, que nos excitan y mueven poderosamente á su imitacion. ¿A quién no admiran los rasgos de fidelidad y obediencia, que caracterizan á los antiguos patriarcas Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moysés? ¿Quién no se alienta en los trabajos, al considerar la paciencia, con que sufrieron otros mayores Jacob, Job y Tobías? La inocencia y sabiduría de José, de Daniel, de Esther salvó á muchos pueblos, y es celebrada de todos. Mereció grandes bendiciones para sí y para sus reinos la piedad de Samuel, de David, de Ezechías y de Josías. Premió el cielo con ilustres y señaladas victorias la fortaleza de Josué, de Judith y de los Machabeos: y fué honrado con estupendos milagros el zelo de Isaías y de Jeremías, no menos que el de Elías y de Eliseo. En una palabra, no hay estado ni condicion de personas, por humilde y abatido que sea, que no pueda sacar copiosas riquezas, y frutos inefables de este inagotable tesoro de las Escrituras divinas.

El labrador, cultivando la tierra, y el pastor apacentando su ganado, podrá cantar himnos y salmos, aunque no comprenda todo el sentido y misterios que contienen. Las vírgenes, meditando los ejemplos de pureza que leyeron ú oyeron leer, se pondrán en estado de conservar con mayor atencion y vigilancia un tesoro, que guardan en vasos de barro frágiles y quebradizos. Los casados, á la vista de los ejemplos y lugares, que recomiendan la continencia y fe conyugal, se contendrán en los límites que prescribe la ley y la razon, y serán fieles en cumplir las obligaciones de su estado. Los padres aprenderán el modo de educar á sus hijos, y de inspirarles la fe y el santo temor de Dios. Los príncipes consultarán este sagrado libro para gobernar sus vasallos. Los vasallos sabrán como han de obedecer á sus príncipes, respetando en ellos la suprema autoridad que el Señor quiso depositar en sus sagradas personas haciéndolos sus ungidos. Los prelados verán las obligaciones que deben enseñar, y cuidarán de ir siempre delante con el buen ejemplo; y los pueblos la necesidad en que se hallan de aprender, de consultar y de preguntar.

Por esta consideracion dijo el Apóstol[1] que toda Escritura divinamente inspirada es útil para

1 II ad Thimoth. III, 15.

enseñarnos é instruirnos en el camino de la justicia, para amonestarnos y contenernos en nuestras obligaciones, y para ejercitarnos y dirigirnos en toda obra buena y conducente á nuestra salud. Muchas verdades en este punto nos dejaron escritas los filósofos paganos; pero para el arreglo de nuestra vida monta mas aquella línea de Moysés[1], en que Dios pide á los hebreos la circuncision del corazon, ó en que manda[2] que le teman, le amen y le sirvan con todo el corazon y con toda el alma, que cuanto dejaron escrito Sócrates y Platon, Plutarco y Epicteto, Ciceron y Séneca, y todos los sabios del mundo en sus grandes volúmenes. Y aun menos importan las máximas de los antiguos, si se comparan con una sentencia de S. Pablo como esta[3]: *Todas vuestras cosas se hagan en caridad;* ó con una sola palabra de Jesucristo en el Evangelio, es á saber[4]: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.*

Ya pues que el Padre de las misericordias, y el Dios de toda consolacion se dignó manifestarnos en sus Escrituras tan cumplidamente su voluntad, y nos declaró en ellas el modo de agradarle y darle gusto, para hacernos participantes de sus riquezas, de sus bienes y de su gloria; ¿cómo es que no manejamos, estudiamos y meditamos noche y dia en este divino libro, en donde está todo nuestro interés, todo nuestro tesoro? « Oye, Israel[5], dijo Moysés á su pueblo, oye y atiende » á mis palabras: Grabarás en tu corazon las leyes que te he dado: no ceses de enseñarlas y » explicarlas á tus hijos, y sean ellas la ocupacion y norma de toda tu vida: meditalas de espacio » en el retiro de tu casa, llévalas por compañeras de tus viajes, sean el último pensamiento, » cuando estés para tomar reposo, y el primero cuando te despiertes: las llevarás escritas al re- » dedor de tus manos en señal de tu obediencia, y las pondrás sobre tu cabeza y en medio de » tus ojos, como guia de tus resoluciones y consejos: ponlas delante de las puertas de tu casa en » señal de tu profesion y rendimiento, y para perpetuo recuerdo de su observancia. » Esta ha de ser la ocupacion continua de todos los fieles, grandes y pequeños, pobres y ricos, ignorantes y letrados. Este sagrado volúmen ha de ser la materia de la conversacion de los ejércitos y de los generales, de los pueblos y de los príncipes. En su atenta lectura, y seria meditacion hallarán todos el acierto en sus designios, y la felicidad en sus empresas. Así lo mandó y prometió el Señor en la persona de Josué[6] á todos sus adoradores, y todos están obligados á instruirse mas y mas cada dia en esta ciencia de los santos, y de buscar los medios de conseguirla. Oigamos pues á Dios, cuando nos habla, escuchemos atentamente sus palabras, que son gratas y suaves al paladar, y vivas y eficaces al corazon. Ellas lo traspasan mas agudamente, que una espada de dos filos, lo humillan, lo enternecen, lo inflaman, lo enardecen, lo transforman y lo convierten.

Se vieron á la letra tan saludables efectos, cuando Baruch[7] leyó su profecía á los Judíos que habitaban en Babilonia, luego que fueron llevados cautivos. Donde habiendo congregado á Jeconías, hijo de Joachin, rey de Judá, á los grandes, á los ancianos y á todo el pueblo, desde el mayor hasta el mas pequeño, todos lloraban amargamente, ayunaban y oraban, y acabada la lectura, hicieron rigorosa penitencia. Despues de la vuelta de los Judíos á Jerusalem, cuando por el trato con los idólatras estaban tan estragadas las costumbres del pueblo, ¿qué otra cosa los reformó y convirtió sino la leccion clara y distinta de los Libros santos[8]? Se vistieron de saco, cubiertas de ceniza sus cabezas, apartaron de sí las mujeres extranjeras, y renovaron fervorosos y arrepentidos el pacto y la alianza con el Señor; y ofrecieron solemnemente la mas puntual observancia de todos los artículos de la ley: habiendo conseguido Esdras por este solo medio lo que era tan arduo, y parecia imposible por otros caminos. El mismo pueblo mostró despues tanta aficion, que se juntaba cuatro veces al dia á la leccion del sagrado volúmen, y salian siempre de este ejercicio con nueva devocion, ternura, lágrimas y arrepentimiento.

Iguales efectos experimentarán en sí mismos cuantos se dediquen á esta importante obra con la atencion, respeto, aficion y humildad convenientes. El trato con los buenos hace buenos: y el trato del hombre con Dios le levanta sobre la tierra, le muda y le hace celestial. Pero esta conversacion ha de ser muy de asiento, porque ha de ser trato continuado: se ha de tomar como una vianda y comida, para que produzca en el alma todo el vigor espiritual y todo el fruto de la salud. Comí tus palabras, dice Jeremías[9], y se convirtieron en gozo y alegría de mi corazon. Y á Ezechiel[10], que las leia despacio y con voluntad, le parecieron mas dulces y mas sabrosas que la miel. Los Israelitas, que, bajo la conducta de Nehemías, mostraron tan vivo arrepentimiento,

1 Deuter. x, 16.
2 Ibid. v, 12.
3 I Corinth. xvi, 14.
4 Matth. xi, 29.
5 Deuter. vi, 3, y xi, 18.
6 Cap. i, 8.
7 Cap. i, 5.
8 II Esdr. viii, 8, et ix, 1.
9 Cap. xv, 16.
10 Cap. iii, 3.



leian la divina Escritura, segun la expresion del texto[1], *erectis auribus*, levantadas las orejas, en prueba de la atencion con que las escuchaban. Aquellos discípulos de Jesus, que en el dia de la Resurreccion iban á Emaús desde Jerusalem, siendo tan humildes y afectos á su divino Maestro[2], ¿cuán inflamados y encendidos se sintieron á la explicacion de la Escritura, y al oir la santa palabra de su boca? Es la santa palabra como el maná, que, si á los inconsiderados y carnales les parecia manjar insípido, desabrido y de poca substancia; los devotos y dóciles hallaban en él todos los condimentos y todos los sabores, como la comida mas delicada y exquisita que les servia de sustento, de admiracion y de regalo.

Es verdad que el estudio de las sagradas letras tiene muchas dificultades, y es á veces tan encumbrado y sublime, que no llegan á su conocimiento los mayores ingenios. ¿Quién podrá sondear los abismos del libro de Job, de las Parábolas, Sabiduría, y Cánticos de Salomon; las visiones de Ezechiel, de Daniel y de los demás profetas? ¿Quién explicará el espíritu del Levítico, de los Números y del Deuteronomio? ¿Quién penetrará las profundidades, que se encierran en el Salterio de David? ¿Quién descifrará los arcanos y enigmas del Apocalipsis? Los intérpretes mas sabios é instruidos, ¿no se confunden al querer averiguar los misterios de la gracia, y otros lugares difíciles[3] de las Cartas de S. Pablo? ¿Y cómo se han de exponer margaritas tan preciosas en mano y á uso de la plebe, del idiota, del ignorante, de la mujer ruda y sin instruccion, con riesgo de que abusen ó las desprecien, ó se deslumbren y confundan? Todo lo cual parece inevitable, ofreciéndolas en idioma vulgar y comun, como se presentan en nuestra Biblia.

Pero todos estos inconvenientes se desvanecen siempre que para el manejo y la lectura de los Libros sagrados en lengua vulgar tengamos por guia á la Iglesia, que debe ser maestra y directora de todas nuestras acciones, observando exactamente las reglas que para esto nos prescribe. Esta amorosa y prudente Madre, poniéndonos en las manos este divino Libro, pretende preservarnos de lo que S. Pablo llama *ciencia de falso nombre;* mas no excluirnos del verdadero conocimiento é imitacion de Jesucristo. Quisiera que todos los sabios lo leyeran, pero con la madurez y sobriedad que pide el Apóstol. Prescribe sabiamente las reglas que se deben seguir, para que sirva de edificacion, y no de ruina. No consiente que se echen las margaritas á los puercos para que las pisen, y traigan entre los piés; pero quiere separar de su lectura á los indignos, reprimir á los curiosos, humillar á los letrados, y finalmente dar á entender á todos que nadie puede conocer en las Escrituras la voluntad de Dios, si el Señor por la gracia de Jesucristo no abre sus sentidos. Si hay algunos, que corran tras las novedades y doctrinas, que favorecen á sus pasiones; ingenios curiosos, despreciadores obstinados, oyentes estériles de la palabra de Dios, que usan de ella *para parecer doctos, y no para ser buenos: ad speciem, non ad virtutem*[4]; que, omitiendo en su lectura los lugares que contienen doctrinas morales, ejemplos y preceptos de vida, que pueden aprovechar mucho á ignorantes y á letrados, se emplean sin estar preparados para ello en escudriñar los profundos misterios de los consejos de Dios, como los de la predestinacion, reprobacion, eleccion, presciencia, abandono de los Judíos, vocacion de los gentiles y otros semejantes: estos tales atraen sobre sí las justas y severas reprensiones, con que los santos padres han reprimido siempre su orgullo y temeridad, y se hacen acreedores á que la Iglesia los considere como indignos de leer las santas Escrituras.

Pero al paso que esto es verdad, lo es tambien que la profundidad y alteza de las Escrituras no debe ser motivo para retraernos, y apartarnos de su estudio, sino antes bien incentivo de aplicarnos con mayor desvelo para descubrir este tesoro escondido, y convertirlo en beneficio nuestro: y mas cuando nos consta que los misterios que suelen estar escondidos á los letrados y soberbios, se revelan y descubren á los rudos y á los humildes. El sentido, que no encuentra en un salmo un filósofo hinchado, lo percibe y se saborea con él un lego humilde y sin letras, como un Diego de Alcalá, ó una vírgen tierna y enamorada, como una Teresa de Jesus. Por estas consideraciones muchos varones santísimos enseñaron, y dirigieron en la leccion y estudio de los sagrados Libros á muchas señaladas mujeres, á las cuales por otra parte ni se les ha dado jamás oficio eclesiástico, ni les permite S. Pablo que sean doctoras. S. Jerónimo fué maestro y director de muchísimas santas y matronas ilustres en estos sagrados estudios. Tales fueron las santas Marcela y Asela hermanas, y su madre Albina. Tales santa Paula y sus dos hijas, santa Blesila y Eustoquia. Tales las dos ilustres viudas santa Lea y Fabiola, y otras muchas, las cuales salieron tan aventajadas en el estudio de la santa Escritura, que á muchas de

1 Esdr. viii, 3.
2 Luc. xxiv, 32.
3 II Petr. iii, 16.
4 S. Augustin. lib. 3 de Bapt. contr. Donat. cap. xix.

ellas dedicó S. Jerónimo algunos de sus Comentarios sobre la Biblia. Y de santa Paula escribe de este modo: *Sabia de memoria las santas Escrituras, y leia con frecuencia el Testamento Antiguo y el Nuevo. Se dedicó al estudio de la lengua hebrea, y la aprendió de modo que cantaba los Salmos en hebreo, y pronunciaba aquel idioma como si le fuera nativo.* San Leandro fué maestro de su hermana santa Florentina en dicho estudio, y á esta le enseñó el método de leer con utilidad el Testamento viejo, y el Cantar de los Cantares, y le prometió que le enviaria reglas del sentido espiritual, para que por ellas pudiera instruirse en todas las santas Escrituras.

San Gregorio papa escribiendo á dos ilustres hermanas Antoniana y Bárbara, les dice [1]: Deseo que os aficioneis á la lectura de las santas Escrituras, para que, cuando el Dios Todopoderoso os coloque en el estado conyugal sepais como habeis de vivir, y aprendais á disponer y gobernar vuestra casa. El venerable maestro y padre espiritual de muchos santos Juan de Avila, explicó la Carta canónica de S. Juan á la condesa de Feria, y á la marquesa de Priego en Zafra [2]. Santa Columba vírgen y mártir cordobesa estaba tan instruida en las sagradas Escrituras, que de lejas tierras acudian á ella para oir su doctrina [3]. Seria nunca acabar, querer traer todos los ejemplos de mujeres, que en todos tiempos se aplicaron al estudio de los divinos Libros: su virtud, su humildad, y el deseo de adelantar en la perfeccion, las proporcionaban para que los leyesen con grande aprovechamiento de sus almas; porque el mismo Espíritu, que inspira donde quiere, manifiesta el arcano de sus palabras, no á los vanos y presumidos que aborrece, sino á los humildes y devotos que ama, y de que gusta.

Esta devocion y este afecto de caridad es la llave de oro para romper los sellos de los sagrados Libros, y penetrar sus mayores arcanos y misterios mas ocultos. Envió el Señor desde lo alto, dice el Profeta [4], el fuego del santo amor en mis huesos, y me instruyó y adoctrinó. Este mismo fuego, que acalora y enciende la voluntad, es la mas clara y brillante antorcha para el conocimiento é interpretacion de las Escrituras; y en esto fundó aquella su regla magistral el Padre S. Agustin, cuando á este propósito dijo [5]: Cualquiera que se persuada entender la divina Escritura, si con este conocimiento no levanta el edificio de la caridad de Dios y del prójimo, sepa que no la entiende; y así tengamos por cierto que, para leer con fruto la santa Biblia, sondear sus abismos, y aclarar la obscuridad de sus misterios, poco valen las letras y ciencias profanas, y mucho la caridad, el amor de Dios y del prójimo, el desprecio de las cosas de la tierra, y un deseo ardiente de las del cielo. Los limpios de corazon son los que ven á Dios, conocen su voluntad, oyen su voz, interpretan su palabra, y siguen sus inspiraciones y llamamientos: y esta limpieza suele componerse mas bien con un hombre sencillo y plebeyo, que con un grande ó un sabio del mundo.

Sin embargo de esto, ni siempre se comunica el Señor, ni de una vez nos manifiesta aquella luz inaccesible, en que habita como en trono de majestad. Quiere de nuestra parte la aplicacion, el trabajo y el desvelo: quiere humillar nuestra soberbia y orgullo, y hacernos entender nuestra ceguedad y las tinieblas de nuestra condicion, y que necesitamos de sus auxilios para conocer, no menos que para obrar lo que conduce á nuestra inmortalidad: y aun con todo quedan siempre lugares difíciles y ambiguos, para que tambien se recurra á los sacerdotes, que son los intérpretes de la divinidad y los maestros de la ley, de cuyos labios ha de buscar la plebe fiel la ciencia de la salud [6] y el camino de la justicia, siendo ellos los ángeles del gran Rey, que anuncian á los hombres su voluntad. Y ya por la misma razon habia prevenido Moysés á su pueblo en el Deuteronomio [7] que en los casos dudosos y espinosos que les aconteciesen, expusiesen el negocio ante el sacerdote, en cuya respuesta encontrarian el acierto; pues en el tribunal, en que preside el pontífice de Dios vivo, se aclararán todas las dudas pertenecientes á la religion y culto, y al conocimiento de la ley, debiendo estar todos sujetos á su resolucion. Por tanto debe el pueblo, por mas instruido que se halle, y por mas que lea, y vuelva á leer en su lengua la sagrada Biblia, oir su explicacion de boca de los sacerdotes, encargados por Dios de repartir este divino pan, de modo que sea saludable á la grey de Jesucristo, acomodándolo á cada uno segun sus disposiciones, y exponiendo siempre los sagrados testimonios conforme á la doctrina de la Iglesia, que es maestra de la verdad, y tiene la asistencia del Espíritu Santo en la interpretacion de la Escritura. Por esto esta misma sabia directora mira como cosa intolerable que el discípulo pre-

1 Lib. XI. Epist. LXXVIII.
2 Fr. Luis de Granada en la Vida del maestro Avila, parte III, cap. IV.
3 S. Eulogio, mártir y electo arzobispo de Toledo, in Memoriali Sanctor. lib. III. cap. I.
4 Thren. I, 13.
5 Lib. I de Doctr. Christ. Cap. XXXVI, num. 40.
6 Malach. II, 7.
7 Cap. XVII, 8.



tenda enseñar al maestro; que las ovejas intenten conducir y guiar al pastor; y que los jóvenes y estudiantes presuman entender la religion y la Escritura mas bien que los maestros y doctores antiguos, ó censurarlos de error y de ignorancia.

A este propósito con el fin de allanar mas y mas el camino, se han añadido notas, tomadas de los santos padres y de los expositores católicos, para dar luz á los lugares obscuros y difíciles, segun nos ha parecido mas oportuno; ó bien porque el sentido no se expresa claro en la letra, ó porque pueden comprenderse muchos bajo la misma letra; ó ya tambien por advertirse alguna diferencia entre la Vulgata latina y los textos originales hebreo y griego; y finalmente habemos hecho advertir en algunos textos el sentido espiritual para la comun edificacion y arreglo de nuestra vida. Si no obstante todas estas precauciones hubiere alguno de ingenio tan maligno y atrevido, que, convirtiendo en veneno la mejor triaca, abuse de ella en daño suyo ó ajeno, será esto puramente efecto de su malicia, que en nada perjudica á las excelentes y saludables calidades de la divina Palabra. Lo mismo que es vida y remedio para los buenos y bien dispuestos, es enfermedad y muerte para los perversos, y que obran con fin depravado. Y en confirmacion de esto nos advirtió el Espíritu Santo [1] que el temeroso de Dios, que estudia con aficion la ley, se enriquece y llena de bienes por este ejercicio; pero el que se aplica á ello con intencion dañada, en la misma ley se escandaliza y tropieza; en lo cual se nos advierte que, si alguno abusa de cosa tan santa, no busque otra causa que su perversidad y malicia.

Mas como no basta para ser justificados el oir solo la ley, sino que es necesario tambien cumplirla, conforme á lo del apóstol Santiago en su epístola canónica [2]: ni se llaman dichosos en el Evangelio [3] los que leen solo la divina Palabra, sino aquellos que la oyen, y juntamente la guardan: se ha de dirigir atentamente este estudio á la práctica de las buenas obras, y ejercicio de las virtudes cristianas, evitando el espíritu de curiosidad, pues las cosas santas y divinas como esta se han de tomar santamente, y santos y divinos frutos han de producir. Aprended mis palabras, dice el Señor [4], y ponedlas por obra, considerando [5] que aquel que las cumple será reputado por sabio, semejante al que asienta el edificio de su casa sobre fundamentos de piedra; mas el que oyéndolas no las cumple se acredita de necio, á manera de aquel inconsiderado, que edifica su casa sobre la arena. Por tanto no se aparten nuestros ojos de este libro, en donde se nos da á conocer la voluntad de Dios, para aplicar á su cumplimiento nuestras potencias, nuestros sentidos y nuestras fuerzas. No declinemos un punto ni á la diestra ni á la siniestra [6], sigamos el camino recto por donde nos guia el Señor: él nos conducirá á la tierra de promision, para que vivamos eternos y felices dias en ella. Así estudiaremos con verdad en el libro de la vida, y resaltará en nuestras acciones el espíritu de santidad, que brilla en cada una de sus hojas y de sus cláusulas. Los grandes ejemplos de santidad, que aquí se nos proponen en los héroes del antiguo y Nuevo Testamento, nos servirán de norma para la buena conducta de nuestra vida, y nos alentarán especialmente á la práctica de las virtudes, que forman al hombre justo y al verdadero cristiano, como son un constante amor á la ley santa de Dios, una fe inviolable, una firme confianza en la asistencia del Señor en las mayores tribulaciones, con una persuasion íntima de nuestra debilidad y flaqueza: un vivo reconocimiento á los beneficios del cielo; y sobre todo un amor entrañable á Jesucristo, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, á quien habemos de seguir, en quien debemos confiar, y por quien algun dia habemos de poseer el reino de la inmortalidad.

En estos últimos tiempos es mas necesario poner en las manos de los fieles, y abrir este saludable tesoro de riquezas espirituales, para excitar el espíritu de los Cristianos tan caido y amortiguado, y para promover en todos la observancia de la divina ley, el amor de las cosas celestiales y el desprendimiento de las terrenas. Pues es evidente que las costumbres de los Cristianos han ido siempre á la par con el estudio de la santa Escritura. En los siglos primeros de la Iglesia era incesante este ejercicio, y era la Iglesia militante un remedo del paraiso. Aquella inocencia en que vivian, aquella union fraternal de corazon y de alma, aquel desprecio de los bienes temporales, aquella vida frugal y mortificada, nacian de que se congregaban los fieles mañana y tarde, y perseveraban unidos de voluntad en la oracion y fraccion del pan. Y así dice el texto griego ἦσαν δὲ προσκαρτεροῦντες τῇ διδαχῇ τῶν ἀποστόλων, καὶ τῇ κοινωνίᾳ, καὶ τῇ κλάσει τοῦ ἄρτου, καὶ ταῖς προσευχαῖς [7]. Esta oracion consistia en el canto y lectura de los Salmos, que explican con tanta

1 Eccli. XXXII, 19.
2 Cap. I, 22.
3 Luc. XI, 28.
4 Deuter. V, 1.
5 Matth. VII, 24.
6 Deuter. V, 32.
7 Actor. II. 42.